

CARACTERÍSTICAS, DEFINICIÓN Y ANÁLISIS DEL CONSTRUCTO INTERNALISMO/EXTERNALISMO DENTRO DE LAS TEORÍAS CONDUCTISTAS Y TEORÍAS DE LA PERSONALIDAD

La variable "locus/lugar de control" del refuerzo interno versus refuerzo externo de la conducta es al presente, finales del siglo veinte, una de las variables más estudiadas tanto en la psicología como en otras disciplinas (Rotter 1990). Rotter define brevemente locus/lugar de control interno versus externo como una variable de la percepción, atribución y expectativas que posee una persona sobre las contingencias que determinan la administración efectiva de premios y castigos. Esta teoría es esencialmente una teoría de campo en la que un área cognoscitiva personalmente significativa es el filtro a través del cual el medio ejerce su influencia sobre la conducta (Di Caprio 1992).

La dimensión de expectativa o creencia interna/externa fue formulada por primera vez en la revista profesional "Social Learning and Clinical Psychology" (Rotter 1954). La idea central es que el potencial de manifestación de una conducta específica por parte de una persona específica en una situación específica es una función de las expectativas que esa persona tiene de que dicha conducta brindará como resultado un refuerzo, meta u objeto específico del valor otorgado por esa persona al objetivo o meta en cuestión (Lebrón 1980). En ausencia de una valoración adecuada del objeto o de una expectativa razonable de conseguirlo en la situación específica dada, se minimizará el potencial de ocurrencia de la conducta.

De acuerdo con Lebrón (1980), Rotter no intentó investigar directamente la variable valorativa, pero desarrolló detalladamente la

variable expectativa, definiéndola con más precisión para ampliar su utilidad y posibilitar su medición. La variable expectativa vendrá a estar condicionada en cada situación particular por creencias generales existentes de manera previa (Rotter 1990).

Según de Diego-Vallejo (1990), la teoría postula que cuando una persona se considera causa de una conducta reforzante fortalecerá el potencial para repetirla, mientras que si no se considera agente causal del refuerzo, entonces es menos probable que se repita ese comportamiento. James (1958) y Phares (1957) confirmaron esta hipótesis concluyendo que las expectativas son más determinantes para la conducta de una persona que los refuerzos o castigos.

Para ser más específicos, este constructo de localización del control interno/externo fue realizado para generalizar unas expectativas respecto a los refuerzos en la conducta. Esto es, al percibir el refuerzo como contingente o resultado de nuestras propias conductas, a lo que llamaremos "control interno"; o como el resultado de "fuerzas" más allá de nuestro control debido al azar, probabilidad, suerte, poder o influencias de otras personas a lo que llamaremos "control externo" (Levenson 1981). Esto incluye las creencias relacionadas con la responsabilidad personal en torno a la consecución de objetivos, que vendrán a constituir una dimensión continua de la personalidad. Por un lado, se sitúa el externalismo, creencia en la importancia radical de factores aleatorios como determinantes de los refuerzos, frustraciones y circunstancias en las que vive la persona, y en otro el internalismo o creencia en la importancia de los propios esfuerzos para conseguir los objetivos propuestos (de Diego-Vallejo 1990).

Expectativas acerca del término control de la conducta

El control personal como experiencia tiene extensas implicaciones para la conducta humana. Sus efectos como una disposición duradera para las personas ha sido examinada por teóricos/as de la personalidad desde una perspectiva propia de un marco de las teorías del aprendizaje social y cognitivo (Gregory 1981, en Lefcourt, 1981).

El constructo localización del control de Julián Rotter es uno que toma mucho de los postulados principales de la teoría del aprendizaje (de Diego-Vallejo 1990). Muy en particular, los presentados por B.F. Skinner, quien desarrolló el paradigma referente al condicionamiento operante.

Skinner (1953, 1990) diferenció aquellas respuestas emitidas como resultado de estímulos conocidos de aquellas otras en las que no hubo estímulos aparentes u operantes. Es decir, el condicionamiento operante será el comportamiento que el organismo emite porque se le ha enseñado que haciéndolo (operando sobre el ambiente) obtendrá una recompensa o evitará un castigo. La recompensa vendrá a ser contingente a un comportamiento particular.

Según los principios de la teoría de Skinner, retomados y aplicados en la teoría de Rotter, la conducta puede ser controlada a través de programas de reforzamiento (Skinner, Chapman y Baltes 1988). La conducta deseada puede ser fortalecida si es recompensada al emitirse. La conducta no deseada puede disminuirse o debilitarse en la persona y/u organismo si al emitirse es seguida por un castigo o el retiro de una recompensa.

En el caso de la teoría de Rotter, en lo que se refiere a una teoría del aprendizaje social de la personalidad fue influenciada por el trabajo de Hull (1943). En su teoría, Hull ve la conducta como un potencial de reacción, un fuerte hábito y un impulso. La teoría de Rotter se focaliza en el potencial de la conducta y el valor de las expectativas y el refuerzo (Gregory 1981 en Lefcourt, 1981).

En el modelo de Hull (1943), la conducta dirigida hacia una meta es en parte una función de un impulso y puede ser considerada como una teoría de la motivación mientras que en el modelo de Rotter, la conducta dirigida hacia una meta es en parte la función de las expectativas y debe ser considerada como una teoría de las expectativas (Gregory 1981). Al incluir expectativas y el valor del refuerzo en el modelo, Rotter pretendió incorporar en su teoría nociones propias de las teorías de la personalidad de dos fuentes tradicionales de la psicología. Estas son del paradigma estímulo-

respuesta y de la influencia de las teorías de la cognición. Según Gregory (1981), las personas por un lado se esfuerzan para obtener recompensas o alcanzar resultados positivos debido a sus metas, pero por otro lado, luchan por evitar castigos o evitar resultados negativos de sus acciones. Dicha dicotomía ha sido de vital importancia en investigaciones relacionadas con expectativas de control. Aún así, las expectativas de control, sin duda, relacionan muchas áreas de la conducta humana clasificadas como positivas o negativas para el desarrollo de la persona (Gregory 1981).

Por otro lado, la relación de la teoría de Rotter, en lo que se refiere a rasgos de personalidad y la probabilidad de repetir o no una conducta puede verse respaldada en los planteamientos presentados por Dollard y Miller (1950). En sus estudios referentes a la agresión, estos investigadores presentan que una conducta o manifestación de hostilidad es precedida por algún tipo de frustración. La agresión puede ser expresada de manera directa, o por otro lado, si aprende que socialmente no es conveniente, será desplazada por otros medios o formas. Tal parece ser que estos autores relacionan síntomas psicopatológicos, como lo pueden ser respuestas psicóticas a través de diferentes procesos de aprendizaje.

Teorías de la atribución en la ejecución y la teoría de Rotter

La existencia de otros modelos teóricos respecto a la relación de control y poder entre la persona y el medio ambiente en el que se desenvuelve bien puede servir para tener una visión mayor de la teoría de Rotter. No se trata de complementar la misma, sino de examinar diferentes marcos de las teorías de personalidad y su relación con el constructo internalismo/externalismo.

Según Lebrón (1980), Alfred Adler fue el primero en contraponerse al determinismo biológico del modelo freudiano que registrando en la literatura el concepto dominio y lucha. Este concepto y el uso que de él hace Adler será un elemento importante en la dimensión internalidad/externalidad (Rychlak 1973).

Los conceptos de competencia y efectividad como elementos explicativos en un modelo motivacional fueron utilizados en el año 1959 por White. La motivación para actuar dependerá en cierto grado de la auto-percepción sobre la propia competencia para desenvolverse en la situación presentada (Lebrón 1980).

Según Seligman y Peterson (1986), estudios realizados en el área de la conducta animal demostraron que la reacción de un animal atrapado en una situación de la que no había escape posible era la de cesar en sus esfuerzos y entregarse rápidamente a la muerte. Con ello, se presume algún tipo de evaluación situacional realizada con animales que luego fueron apoyadas en estudios realizados con niños/as diagnosticados con trastorno de depresión (Seligman y Peterson 1986). Es decir, que este tipo de supuesto interpretativo es mucho más fácil de observar cuando los/as participantes del experimento son seres humanos. Esto permite la postulación de la existencia de una conducta evaluadora previa la ocurrencia de la conducta determinante, en cierto grado, de esta.

Otro teórico cuyos postulados pueden ser relacionados a los propuestos por Julián Rotter, lo vemos en la persona de Albert Bandura. Este investigador desarrolló una síntesis de conceptos propios de la psicología del aprendizaje y cognitiva.

De acuerdo a Bandura (1974), la mayoría de las conductas aprendidas son el resultado de moldeamiento por intentos de error o certeza. Aquí existen cuatro tipos de mecanismos: 1) Mecanismos de atención, donde se decide a quien imitar; 2) Mecanismos de retención, como lo puede ser la práctica de ensayo de las acciones de un modelo; 3) Mecanismos de ejecución, que son los relacionados a aquellos conceptos que uno desea ejecutar como conducta; y 4) Mecanismos de refuerzo, que son aquellos que no son necesarios para el aprendizaje (que es cognitivo), pero que influyen a lo que se le ha prestado atención, lo que necesita práctica o codificación y lo que se necesita expresar como conducta.

Dicho factor cognoscitivo en la conducta humana había sido desarrollado pocos años antes como un concepto teórico por George A. Kelly en el 1955 en su escrito "The Psychology of Personal

Constructs” (Rychlak 1988). Para Kelly (1955), la construcción que hace la persona de los eventos no está limitada a los símbolos verbalizados.

Las conductas observables así como las cognoscitivas, caen bajo el rango de conveniencia del sistema de constructos de una persona. Las conductas observables, al igual que todas las acciones evidentes, no son más que nuestras cogniciones. Las explicaciones intelectuales parecerían limitarse a explicaciones verbalizadas (simbolizadas en el lenguaje) y cognoscitivas. De hecho, a Kelly no le gustaba considerar su opinión como una cognoscitiva; no creía que el término significara nada valioso para el/la teórico/a de la personalidad (Rychlak 1988).

Por otro lado, un modelo que opera sobre la creencia de que el pensamiento y las emociones están íntimamente relacionados fue presentado por Ellis y Bernard (1983) y conocido como parte de la Terapia Racional Emotiva (TRE). En la teoría de la TRE, existe la convicción de que los problemas psicológicos son causados por ideas y pensamientos irracionales. Este planteamiento, en términos terapéuticos prácticos, se centra en que la persona puede resolver sus problemas emocionales examinando sus pensamientos para encontrar los defectos que hay en ellos y hacerlos más lógicos y realistas.

Otro modelo es el de la teoría de Ajzen y Fishbein (1975, 1980) que relacionan las actitudes y creencias con las intenciones de conducta y las conductas por sí mismas. Estos autores argumentaron que había una equivocación inherente en la mayoría de los estudios de la consistencia entre la actitud y la conducta. Estos autores señalan que el beneficio de la actitud en una persona hacia algún objeto determina el beneficio total de las intenciones conductuales de esa persona en relación al objeto. A su vez, las intenciones conductuales predicen las conductas actuales.

El aspecto sobresaliente de este modelo de la consistencia de la actitud y la conducta es que las actitudes predicen únicamente el total de beneficios y las clases de conducta hacia el objeto (Fishbein y Ajzen 1980). Por ejemplo, la actitud de una persona a otra predecirá que tan favorablemente actúa la primera en general

hacia la segunda. Sin embargo, la actitud de la primera no predice conductas específicas. Este señalamiento refleja que las actitudes favorables o desfavorables pueden manifestarse de diferentes maneras. Es decir, diferentes personas pueden actuar en formas diferentes aún cuando tengan actitudes similares (Perlman y Cozby 1985). No obstante, es de presumir que tales diferencias de idiosincracia deberán surgir a través del conjunto total de conductas relevantes hacia el objeto, y por lo tanto las actitudes predice las ventajas del tipo de acción de una manera más eficaz.

El intento de ver la teoría del *locus de control* como una teoría de la personalidad o como una preferencia cognoscitiva ha sido característico de personólogos o teóricos/as de la conducta en general (Rychlak 1988). Dichos/as teóricos/as coinciden en que cualquier persona interesada en la conducta humana, ya sea en psicoterapia o no, debe considerar ambos modelos como explicativos o descriptivos de la conducta humana. De hecho, las aportaciones de Kelly (1955), Rotter (1990, 1966 y 1954), White (1959) y el eclecticismo psicoterapéutico de Ellis y Bernard (1983), con una base racional cognoscitiva, caracteriza en parte cuán extensa es la aplicabilidad de la teoría de locus de control propuesta por Julián Rotter.

Se ha presentado la relevancia de la teoría de Rotter dentro de varios marcos relacionados en su mayoría a modelos de predicción de la conducta humana. Ahora creemos necesario tomar en consideración en el análisis y aplicación de dicho constructo a nuestra tradición y cultura. Esto es, donde el idioma sea el español o donde factores culturales se asemejen a los de la cultura puertorriqueña. No se pretende descartar en su totalidad la relevancia de los estudios realizados en Estados Unidos o países de habla inglesa. Aun así, se deberá prestar mayor atención a los estudios realizados en Puerto Rico y otros en España y en Mejiico.

El constructo de "locus" no es unitario ni unidimensional, subyacen al mismo distintas creencias relativas a diferentes ámbitos: autocontrol, control político, control del futuro, etc. (de Diego-Vallejo 1990). De ahí la existencia de "escalas generales" y "escalas

específicas” de evaluación. De hecho y según el propio Rotter (1990), nos llama la atención de que en infinidad de ocasiones dicha teoría ha sido utilizada para cuantificar tanto diferencias individuales como diferencias culturales. Esto trae consigo una serie de preocupaciones para toda persona científica social.

En un artículo de Strickland (1989), quien se considera crítica y seguidora de la teoría de Rotter, el no limitar la conducta humana a etiquetas sociales convencionales. Añade, que las personas poseen el atributo de la creatividad que proporciona los cambios necesarios para escapar de sucesos considerados contingentes. Como psicólogos/as y personas debemos de abandonar lo que Kelly (1955) llama “pensamiento lineal lógico” que puede, en ocasiones, reflejar, o más bien limitar nuestra labor científica creativa en la descripción de la conducta humana.

Lo anteriormente mencionado es apoyado por Marsh y Richards (1987) quienes reconocen que la teoría y Escala Rotter ha sido de gran utilidad para un número indefinido de investigaciones, pero tomar en particular dicha escala como una medida global de descripción es arriesgarse a predicciones tan débiles que deteriorarían toda una construcción teórica.

Si entendemos que una de las metas de la psicología es el entendimiento de la conducta humana, la teoría de Rotter es una a considerarse debido a su relevancia histórica en ese cúmulo de conocimientos que se pretende sean parte de la ciencia. Según Popper (1962), exigir plena objetividad en todo enunciado teórico nos puede privar de otros medios necesarios para el desarrollo de premisas teóricas en la búsqueda de lo que entendemos debe de ser la verdad.

Por ello, es necesario considerar la teoría de Rotter, con ello su escala, como un intento académico-investigativo en la búsqueda del conocimiento de la conducta humana. Su fin, el logro de la armonía entre las personas con ellas mismas, el ambiente y la naturaleza que les rodea. El futuro de la teoría de Rotter bien puede en parte satisfacer la necesidad del estudio psicológico contemporáneo. Los estudios psicológicos de estos tiempos se encuentran en constantes cambios, donde es necesario cuestionar, transformar y renovar nuestra labor

científica.

Esto es, sin desprendernos de una realidad histórica, social y cultural que forma parte de todo pueblo y que hoy vemos representada en movimientos o corrientes psicológicas como lo encontramos en la etnopsicología. Dicha disciplina con su enfoque está abriendo nuevos senderos en la investigación psicológica sin desprendernos de nuestro pasado, considerando nuestro presente y futuro cultural.

Mario A. Arill Vizcarrondo

Referencias

- Adler, A. (1954). *Understanding human nature*. New York: Fawcett World Library.
- Ajzen, I. & Fishbein, M. (1975). A Bayesian analysis of attribution. *Psychological Bulletin*, 82, 261-277.
- Bandura, A. (1974). Behavior theory and models of man. *American Psychologist*, 29, 850-869.
- De Diego-Vallejo, R. (1990). *Personalidad y lugar de control: escalas de evaluación*. Salamanca: Amaru.
- Dicaprio, N.S. (1992). *Teorías de la Personalidad*. (2da. ed). México: McGraw Hill.
- Dollar, J. & Miller, N. E. (1950). *Personality and psychotherapy: An analysis in terms of learning thinking and culture*. New York: McGraw Hill.
- Ellis, A. & Bernard, M. (1983). *Rational-Emotive approaches to the problem of childhood*. New York: Plenum.
- Fishbein, M. & Ajzen, I. (1980). *Understanding attitudes and predicting social behavior*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Gregory, W. L. (1981). Expectancies for controllability, performance, and attributions, and behavior. In H. M. Lefcourt (Ed.), *Research with locus of control con*

- struct: Assesment methods* (pp. 67-118). New York: Academic Press.
- Hull, C. L. (1943). *Principles of Behavior*. New York: Appleton.
- James, W. H. (1958). *Parial and 100% reinforcement as a basic variable in learning theory*. Unpublished doctoral dissertation, Ohio State University.
- Kelly, J. A. (1955). *The psychology of personal con structs. Volume Two: Clinical diagnosis and Psychotherapy*. New York: W. W. Norton.
- Lebrón, R. (1980). *La relación existente entre la dimensión internalidad-externalidad según medida por la Escala Rotter y la ansiedad ante la situación de exámenes académicos según medida por el Inventario de Ansiedad sobre Exámenes*. Tesis de maestría, inédita, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.
- Levenson, H. (1981). Differentiating among internality, powerful others, and chance. In H. M. Lefcourt (Ed.), *Research with locus of control construct: Assesment Methods* (pp. 15-59). New York: Academic Press.
- Perlman, D. & Cozby, P. C. (1987). *Psicología Social*. México: Interamericana.
- Phares, E. J. (1957). Expectancies changes in skill and chance situations. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 54, 339-342.
- Richter, C. F. (1959). Sudden death phenomenom in animals and humans. In H. Feifel (Ed.), *The meaning of death*. New York: McGraw Hill.
- Rotter, J. B. (1954). *Social learning and clinical psychology*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Rotter, J. B. (1966). Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement. *Psychological Monographs*, 80, (1 whole no. 69).
- Rotter, J. B. (1990). Internal versus external control of rein

- forcement: A case history of a variable. *American Psychologist*, 45, 489-493.
- Rychlak, J. F. (1988). *Personalidad y Psicoterapia*. (2da.ed.). México: Trillas.
- Seligman, M.P. & Peterson, C. (1986). A learned helplessness perspective in childhood depression: Theory and research. En M. Rutter, C. E. Izard y P. B. Read (Eds.), *Depression in young people: Developmental and clinical*. New York: Guilford. 223-249.
- Skinner, B.F. (1953). Selections from science and human behavior. En N. Block (Ed.), *Readings in Philosophy of Psychology*. Massachusetts: Harvard Press.
- Skinner, B. F., Chapman, M. y Baltes, P. B. (1988). Control means-end, and agency beliefs: A new conceptualization and its measurements during childhood. *Journal of Personality and Social Psychology*, 54, 117-133.
- Skinner, B. F. (1990). Can Psychology be a science of mind *American Psychologist*, 45, 1206-1220.
- White, R. W. (1959). Motivation reconsidered: The concept of competence. *Psychological Reviews*, 66, 297-333.

